

A. Acevedo Hernández.

# Irredentos

Drama en tres actos y en prosa.

Santiago de Chile, 1918.

PERSONAJES:

LA SEÑORA MARÍA  
JULITA VIAL  
ISABEL ABAD  
FERNANDO VIAL  
DON AUGUSTO HARWEY  
EL COMPAÑERO LEAL, SECRETARIO.  
DON ANTONIO ABAD  
DON JOSÉ COLLY  
ARTURO, TESORERO  
ALFREDO  
DIRECTORES 1º, 2º, Y 3º.  
UN CRIADO  
ASAMBLEÍSTAS DE AMBOS SEXOS.

La acción en Santiago. -Época actual.

## ACTO PRIMERO

*(Oficina de don Antonio Abad. Puertas laterales: la derecha a la habitación de Isabel; la izquierda a un pasillo que conduce a la calle; al foro: ventanal, a través de cuyos cristales se ve la población obrera, Muebles: Escritorio ministro cerca de la ventana, máquina de escribir en una mesa chica, teléfono de escritorio, armarios con libros y archivadores; medio amoblado cuero, cuadros y candelarios y demás útiles de oficina. Derecha e Izquierda las del actor.*

*A poco de alzarse el telón suena débilmente en un piano un aire en boga. Aparecen por la izquierda Don Antonio y Don José, el primero se sienta al escritorio y el segundo en pie.)*

DON JOSÉ. Tiene usted razón; es mejor esperarlo aquí. *(continúa la música)*, realmente Isabelita es una gran artista, ejecuta con Admirable limpieza.

DON ANTONIO. Ella es mi única alegría, siempre retozando como un pajarito, es una canción viviente; sin ella mi vida sería muy oscura. Usted me comprende, sabe que mi vida ha sido la más tenaz de las luchas...

DON JOSÉ. Usted es un hombre de acción, por eso lo admiramos.

DON ANTONIO. Puedo decir que desde que nací, llevo la herramienta en la mano. Cuando peso mi prosperidad me acuerdo de mi pobre Milagros, que me ayudó a fabricarla y que no pudo gozarla.

DON JOSÉ. ¿eran del mismo pueblo?

DON ANTONIO. Sí. *(pausa)* Juntos sembramos la tierra y nos peleamos hasta llegar a amarnos... es curioso pelear para amarse.

DON JOSÉ. Así pasa siempre.

DON ANTONIO. En este país nació Isabel, fue el último presente de su madre, pobrecita, murió de ese parto. Creí morir de tristeza, de nostalgia, estando separado de mi tierra por el mar y por el trabajo. Gané penosamente mi fortuna, peso tras peso, pero este hecho no calmaba mi murria, mas, fue creciendo Isabel, y con sus caricias y con sus caprichos alejó mi pena. Renací a la vida por su influencia y mi único deseo es que ella sea feliz.

DON JOSÉ. Lo será, se lo merece. Desde luego es rica. *(Consultando su reloj.)* Don Augusto nos engaña.

DON AUGUSTO *por la izquierda.*

DON AUGUSTO. *(Que oyó a don José)* Jamás engañan los hombres de mi temple. Demoré porque lo creí necesario. Los industriales han aprobado nuestra

actitud, es decir la vuestra, ya que mis decisiones son otras.

DON ANTONIO. Me alegro de haberlo derrotado y de merecer la confianza de los fabricantes.

DON JOSÉ. ¿Ha visto a los huelguistas?

DON AUGUSTO. Oían un discurso conferencia de Vial.

DON JOSÉ. Ese vial les tiene sorbidos los sesos.

DON AUGUSTO. Vial es un buen operario, que no posee más vicio que su abnegación. Lo cuento entre el número de amigos que me honran.

DON JOSÉ. Es un filósofo que acabará mal, como todos. *(Ríe)* Los filósofos, los filósofos...

DON ANTONIO. Los obreros son tan viciosos –siento afirmarlo– que no merecen nada. Lo que ganan va para las tabernas o las carreras de caballos; pienso que basados en estas razones no debemos pagarles o concederles los aumentos. ¿para qué?...

DON AUGUSTO. Aunque lo ganen...

DON ANTONIO. Claro. Si sólo les sirve para derrochar.

ISABEL. *(Dentro)* ¡Papá!

DON ANTONIO. Me llaman, con permiso. *(Mutis derecha)*

DON AUGUSTO. ¡Don Antonio! Este hombre que ha ganado el dinero centavo a centavo, lo defenderá, aunque sea arbitrariamente.

DON JOSÉ. Sabe lo que es el hambre.

DON AUGUSTO. Y está seguro de su poder. Valoriza su capital... pero la huelga, dirigida por un cerebro preparado como Vial, podrá vencer al dinero, la cohesión vence al hambre.

DON JOSÉ. ¿Habló usted con los obreros?

DON AUGUSTO. Sí, con el Secretario Leal, éste me dijo que pasarían hoy el pliego de condiciones.

DON JOSÉ. ¿De modo que es cosa resuelta?

DON AUGUSTO. Creo que sí *(Pausa.)* Ese Leal me parece despreciable, tiene una insinuación canallesca. Me habló estudiándome, fijándose en el efecto de sus frases. Creo que Don Antonio y él se entienden, y me entristece que él sea uno de los directores del movimiento.

DON JOSÉ. Yo nada puedo decir: sólo sé que Don Antonio es hombre que defiende su oro, el oro que aprecia más que la vida.

DON AUGUSTO. Una cosa es defender y otra ser usurero.

DON JOSÉ. Entonces usted piensa...

DON AUGUSTO. *(Interrumpiendo)* Que se debe acceder a lo que piden los trabajadores. Lo necesitan y deben tratar de obtenerlo, es humano.

DON JOSÉ. Pero si no aprovechan el dinero.

DON AUGUSTO. Allá ellos. Nosotros a cumplir con nuestra conciencia.

DON JOSÉ. No todos piensan así.

DON AUGUSTO. Don Antonio, por ejemplo.

DON JOSÉ. Tiene una bonita fortuna y una hija que la merece.

DON AUGUSTO. Una hija que muchas veces lo ha hecho suspirar, no me lo niegue. *(Con ironía)* Es usted un gran financista, sabe elegir su suegro. Después de todo la muchacha no es culpable de haber nacido de este

padre.

DON JOSÉ. ¿Luego usted desaprueba la conducta de Don Antonio?

DON AUGUSTO. Amigo, yo también ando a rastras con la conciencia. Siento una repugnancia que me hace sublevarme contra mí mismo; reconozco que los obreros tienen razón en gran parte, pero, impulsado por la corriente, creo que adoptaré la política de Don Antonio; es lo práctico.

DON JOSÉ. Yo también siento como usted; pero estoy tranquilo, toda la jornada descansa en Don Antonio, él, se llevará bendiciones y maldiciones y conservará nuestra fortuna a costa de su tranquilidad.

DON AUGUSTO. Este viejo no tiene alma; se le evaporó cuando destripaba terrones en la huerta. Y pensar que usted, don José, quiere ofrecer su nombre a una huertana...

DON JOSÉ. Que va forrada en billetes de banco, amigo mío. Tengo el espíritu práctico del siglo veinte. (*Ríen*)

DON AUGUSTO. Parece que oigo sus pasos.

DON JOSÉ. (*Va a la puerta*) ¿Por qué no pasa señorita Isabel? Estamos hartos de tratar cosas serias.

ISABEL. (*Dentro*) ¿Entonces, yo no soy seria?

DON JOSÉ. Usted es una alegría seria; hija de este padre que es un gran financista.

DON ANTONIO. (*Dentro*) Bueno, Isabelita, procure no estudiar música porque nos puede distraer. Vamos a tratar asuntos graves.

DON JOSÉ. ¡Egoistón! ¡Monopoliza a la artista!

DON AUGUSTO. Tiene razón. Es exclusividad de la casa.

ISABEL. (*Dentro, en tono regalón*) Yo voy a tocar el piano, papá. Adiós don José.

DON JOSÉ. Hasta luego, señorita.

(*Entra Don Antonio. Se sientan los tres al escritorio.*)

DON ANTONIO. Yo creo que es tiempo de trabajar.

DON JOSÉ. Creo lo mismo. Porque si no tomamos una resolución, el pliego de condiciones nos cogerá de sorpresa.

DON ANTONIO. Son curiosas las exigencias. Quieren un aumento del 20% y no sé cuantas gollerías más. Yo creo que los jornales que alcanzan son bastante equitativos.

DON AUGUSTO. Deberíamos ser más amplios; si el porcentaje que piden es un exceso, podríamos concederles menos, pues podemos hacerlo. Hay que tomar en consideración que la vida es enormemente cara.

DON JOSÉ. Si no fueran ambiciosos tendrían bastante, pero tienen tantas pretensiones... no quieren faltar a los teatros, y desean usar trajes de casimir inglés para trabajar. Esos gastos no se cubren ni con \$500 de sueldo semanales.

DON AUGUSTO. Como se ve que usted avanza en cuestiones económicas. Usted don José, sólo es un pichón de millonario, pero ya es arbitrario y juzga

con criterio de prestamista.

DON JOSÉ. Sólo defendiendo mis intereses.

DON ANTONIO. Los valores son los valores. Ellos trabajan su día sin arriesgar capitales y sin temor a arruinarse. Yo trabajé como ellos y gané menos, sin embargo, supe formarme, cosa que ellos nunca lograrán por falta de criterio. Don Augusto, a usted que los defiende podría probar que el mucho sueldo es contraproducente para los trabajadores.

DON AUGUSTO. Su lógica es admirable, sabe adaptarse, no me extraña pues que usted no demuestre la razón del más grande absurdo.

DON ANTONIO. Se ofusca, don Augusto; es muy apasionado. La experiencia me ha enseñado que si los trabajadores ganaran en un día lo suficiente para vivir una semana, como son perezosos, trabajarían ese sólo día.

DON JOSÉ. Y lo peor es que pasarían los otros cinco, borrachos.

DON AUGUSTO. Eso cuénteselo a la Liga de Higiene Social, que tiene en su directorio un viñatero. *(Pausa)* ¿por qué bebe el pueblo? ¿A ustedes le conviene que sea sobrio? *(Pausa)* No contestan. Contestaré yo a la primera pregunta: Los trabajadores beben —me lo ha dicho Vial— beben para imaginarse que no tienen hambre, para imaginarse que son ricos; beben para subir a un paraíso, como los chinos fuman opio, como los refinados ingieren morfina. Un dato absoluto: Los altos mandatarios son viñateros que no han tenido el valor y la preparación suficientes para exportar el vino. Y para qué lo van a exportar si tienen quien lo consume, si tienen a quien envenenar.

DON ANTONIO. Amigo, con su hermoso discurso no me ha probado nada.

DON JOSÉ. Me imagino estar oyendo hablar al Príncipe Kropóckinne. Dígame: ¿quiere usted un puesto en el gobierno? Su discurso es toda una plataforma electoral.

DON AUGUSTO. ¿Ironía?... No aspiro a un puesto, pero si alguna vez lo obtengo, me ocuparé de hacer bien. Creo que mis pretensiones de redención son mejores que las suyas, que desean millones; que no quieren oír del hambre, después de haber sido su amigo.

DON ANTONIO. Extrema usted, don Augusto. Cómo puede ocurrírsele que nosotros queramos trabajadores que son perezosos y que no son puntuales.

DON AUGUSTO. He ahí vuestro fin, perezosos e impuntuales, llenan su sitio en las industrias. Jamás enriquecerán, ni tendrán fábricas, ni serán vuestros competidores. Si los obreros reunieran dinero no se dejarían explotar. Queda establecido, que a los fabricantes de todos los tiempos no les convienen los trabajadores sobrios.

DON JOSÉ. Nos estamos engolfando en una polémica enojosa y que no conduce a nada.

DON AUGUSTO. En toda ocasión está patente su criterio de fabricante moderno.

DON ANTONIO. Trabajaremos. Don José, haga el favor de hacer de secretario.

*(DON ANTONIO se pasea algo nervioso, DON AUGUSTO indiferente y DON JOSÉ muy molesto registra papeles. Aparece*

*por la izquierda un CRIADO que entrega una carta a DON ANTONIO, quien lee para sí.)*

DON JOSÉ. La correspondencia está despachada; estamos de acuerdo en los trabajos, creo que sólo nos resta esperar a la comisión de obreros.

DON ANTONIO. Entonces esperemos. *(Se asoma a la puerta derecha y llama)* ¡Isabel! Entretén a estos caballeros mientras llega la comisión. *(A ellos)* me parece pesado esperar en esta sala, es mejor que pasen a hacer compañía a mi hija.

DON JOSÉ. Es usted muy amable, le agradecemos la distinción con que nos honra.

DON AUGUSTO. ¿Pasemos? *(Al salir envuelve en una investigadora mirada a don Antonio. Mutis derecha.)*

DON ANTONIO. *(Al CRIADO que aguarda)* Haga pasar a ese hombre.

*Leal, hombre pequeño y observador que se acerca con precaución.*

LEAL. Buenos días don Antonio.

DON ANTONIO. ¿Qué noticias hay?

LEAL. Buenas. La huelga no resiste un mes, estoy seguro.

DON ANTONIO. ¿Quieres hablar con claridad?

LEAL. Yo, como se lo digo en mi carta, no estoy de acuerdo con mis compañeros. Además, usted ha sido bueno conmigo, yo le estoy agradecido, pero...

DON ANTONIO. ¿Pero qué? Explícate.

LEAL. Si alguien sabe que yo he hablado con usted el boicot es seguro, y lo confieso, me asusta.

DON ANTONIO. Entendido. Tendrás trabajo aquí, en Valparaíso, en cualquier parte. Habla sin temor. *(Extiende un cheque y lo alarga a Leal.)*

LEAL. Gracias, don Antonio. En la asamblea, hay acuerdo para pasar un pliego de condiciones. Todos creen que el movimiento será feliz. Green contar con la adhesión de los demás gremios, pero yo sé que varios no prestarán su ayuda. Luego el dinero de la federación asciende a la insignificante suma de mil ochocientos pesos.

DON ANTONIO. ¿Y las condiciones que imponen?

LEAL. Aumento del 25% sobre los actuales jornales, reducción de las horas de labor, mejoramiento de los talleres, seguro obrero y otras mejoras.

DON ANTONIO. *(con ironía)* Nada más desean...

LEAL. No señor.

DON ANTONIO. Perfectamente. Ahora, déjeme. Si sabe algo nuevo anúnciemelo con el mismo criado que lo condujo.

LEAL. Esta bien, pero no olvide lo que le he dicho: Soy pobre y estas confidencias pueden costarme caro, si los compañeros se imponen...

DON ANTONIO. No tengas cuidado.

LEAL. Me voy confiado en usted. (*Vase.*)

*Quando LEAL se va aparecen por la derecha DON AUGUSTO, DON JOSÉ, e ISABEL.*

DON AUGUSTO. ¿A qué vino este hombre?

DON ANTONIO. A anunciarme la visita de los federados.

DON JOSÉ. Este es un hombre muy bien intencionado.

DON ANTONIO. Un hombre de confianza que se hace cargo de la labor de los industriales. Los obreros no quieren comprender lo compromisos que encierra dirigir una industria, el desgaste de las maquinarias, el pago de empleados, las consecuencias de malos negocios, la amenaza de los siniestros... ellos creen que los industriales explotamos solamente.

DON AUGUSTO. Ellos sólo saben que tienen hambre; que el jornal es insuficiente y el trabajo duro; que el cuarto habitación es insalubre y que deben exigir un sueldo que les permita vivir. Yo jamás he sido pobre pero sé lo que es la miseria. Señorita Isabel: ¿Cree usted que los pobres por el solo delito de serlo, deban vivir sin comer?

ISABEL. No lo concibo. Cuando miro por los balcones la ciudad obrera que nos rodea, siento una cosa como... como un remordimiento, me estremezco ante las terribles manifestaciones del hambre. Manifestaciones que viven —como dice uno de mis autores favoritos— en el harapo humano, que llora por miles de ojos, que protesta por miles de bocas y amenaza por millares de puños...

DON AUGUSTO. El libro que yo le facilité tiene esa figura, celebro que lo hay leído; ahora, préstesele a su papá.

DON JOSÉ. Esos autores sólo ven la necesidad de una parte de la humanidad: están ayunos en ciencias económicas. Hay una ciencia importantísima: la de saber conservar las fortunas que son muy quebradizas...

DON AUGUSTO. Entonces usted niega que hay pobres de una miseria lapidaria que jamás tienen lo suficiente.

DON ANTONIO. Puede ser.

DON JOSÉ. Yo tampoco lo niego, pero...

DON ANTONIO. Tú, Isabel, ten presente que debes mostrarme los libros antes de leerlos, ¡Ah! Don Augusto, tengo el ejemplar de "Orpington" que le prometí. ¿vamos a verlo? (*Se lo lleva por la derecha, mira con intención a don José*)

DON JOSÉ. (*Reparando que Isabel ha ido a la ventana.*) Parece, señorita, que está usted preocupada.

ISABEL. No lo crea usted. Sólo pienso...

DON JOSÉ. Y... ¿quién es el feliz?

ISABEL. No es ninguna persona determinada. Venga. Asómese a esta ventana. (*Don José obedece.*) Mire como pasa la miseria bajo nuestros balcones, y esto lo veo cada momento... Recogen la basura para proporcionarse

alimento.

DON JOSÉ. Es que no saben economizar.

ISABEL. Tienen hijos... *(Pausa)*

DON JOSÉ. Usted los compadece y ellos quieren arruinar a su padre.

ISABEL. ¿Arruinarlo? Si eso es imposible.

DON JOSÉ. ¿Imposible?

ISABEL. Claro; si mi padre es inmensamente rico.

DON JOSÉ. Harán una huelga general, tal vez incendiarán.

ISABEL. ¿Por qué?

DON JOSÉ. Dicen que ganan poco.

ISABEL. Don Augusto lo ha confirmado. Debe ser cierto. Lo creo una dignísima persona incapaz de mentir.

DON JOSÉ. Cuidado con don Augusto... es temible.

ISABEL. A mí no me dañará.

DON JOSÉ. Su padre de usted no está dispuesto a ceder un palmo de terreno.

ISABEL. Debería ceder, don Augusto, dice que no le afectaría. Y Vial, ¿usted conoce a Vial? Es un obrero muy educado que estuvo aquí a componerme el jardín. Vial me contó con lágrimas en la voz, la historia de las interminables miserias de los obreros. “La miseria —me dijo— es una chacaleza que nunca se cansa de zarpear; pica en los vientres y en los pulmones, se llama hambre, se llama tisis. Observe usted a las niñas pobres, no saben sonreír; son niñas muy viejas, son... tan fatales, que, en época en que todas juegan con sus muñecas, ellas permanecen clavadas en el taller, enfermas de ansias que no saben definir y que no se han de realizar jamás.” Y yo he visto y hablado a esas jóvenes, y he aprendido a conocer sus dolores.

DON JOSÉ. No debe usted creer a Vial; es el peor de los obreros, el más revoltoso, el que insita a la revuelta, el miserable...

ISABEL. Lo trata usted muy mal. Ese hombre sabe lo que hace. Soy su amiga más que su patrona y confío en él... ese hombre —lo ha dicho don Augusto— es incapaz de injusticias.

DON JOSÉ. Noto que usted no piensa por su cuenta, sino por la de don Augusto...

ISABEL. Me gusta; creo lo que dice y tengo derecho a pensar como me dé la gana...

DON JOSÉ. Es que él se acuerda demasiadas veces que su papá...

ISABEL. ¿Fue pobre? Y usted... ¿lo ha olvidado definitivamente?

DON JOSÉ. Señorita...

ISABEL. No se incomode. *(Suena un organillo.)* escuche la música enferma que alimenta las almas de los pobres. Mire, todos vienen: Las viejecitas que apenas pueden andar; los niños haraposos, las mujeres abandonan un momento sus labores. Mire la actitud de los granujitas... Encantador... Encantador... ¡Amo los organillos porque saben infundir felicidad en el alma de los pobres!

*Voz de DON ANTONIO. (Dentro.)* Eh, organillero, toque más lejos, no fastidie.

*Salen DON ANTONIO y DON AUGUSTO.*

ISABEL. ¡Papá! Esa música me encanta... (*La música ha cesado.*) No se aleje; ahí tiene (*Le arroja unas monedas.*) ¡Toque, toque para todos, siembre alegrías que en sonrisas suben al cielo! Toque para los desgraciados, para los que sepan llorar. (*Vivas en la calle, sigue el organillo*)

DON AUGUSTO. Señorita, permítame ofrecer a su alma excelsa el tributo de mi admiración.

(DON ANTONIO, los labios ferozmente contraídos mira a su hija. DON JOSÉ, con profundo aire de despecho contempla la escena mordiéndose los labios y jugando nerviosamente con los dedos. Silencio.)

*Por la izquierda el CRIADO.*

CRIADO. Señor, la comisión de huelguistas está en la puerta.

DON ANTONIO. Retírate Isabel. (*Se va por la derecha después de mirar atentamente a su padre y a DON JOSÉ.*)

*Aparecen por la izquierda: VIAL, ARTURO, ALFREDO y LEAL, Secretario. Saludan y FERNANDO VIAL se adelanta, respetuosa-mente.*

VIAL. La asamblea de mi gremio, comprendiendo que es inhumano que esta situación continúe, y en vista de no haber sido aceptado nuestro anterior pliego de condiciones, ha acordado, por nuestro intermedio, elevar el presente, que me hago el deber de poner en sus manos.

DON ANTONIO. ¿y si yo me negara a aceptarlo?

ALFREDO. Adoptaríamos otro temperamento.

VIAL. No cree la Asamblea que los industriales sean tan injustos, que no tomen en cuenta sus atinadas peticiones. No pedimos ninguna cosa del otro mundo; ganamos menos de lo que consumimos y trabajamos más de lo que podemos y debemos. La vida se hace imposible. Por causa de la carestía no podemos comprar los productos alimenticios más necesarios. ¡No nos alcanzan nuestros enormes jornales!

DON JOSÉ. Esa petición es una letanía que nos sabemos de memoria. Pero también sabemos que las fortunas se elevan superponiendo centavos y estimamos que los viciosos merecen el castigo de la miseria.

(*Los delegados dejan oír un murmullo de protesta.*)

VIAL. Calma, compañeros. Este caballero repite una lección aprendida y es maestro en el arte de buscar tres pies al gato. Pero yo lo invito a que me pruebe que soy vicioso y lo desafío a vivir una semana trabajando como yo y con mis medios de subsistencia.

DON JOSÉ. Es que mi situación es diferente: yo tengo mayor significación en la vida.

ARTURO. Este caballero, tiene dos estómagos y doble estatura de la nuestra;

significa más en la vida porque produce menos.

DON ANTONIO. Pido más compostura: no estamos dispuestos a tolerar insolencias.

VIAL. La primera insolencia ha partido de ustedes. Se han negado a recibir el pliego de condiciones. Este documento representa la voluntad de diez mil operarios que significan en la vida, más que usted don José, porque elaboran la riqueza de un pueblo; porque dominando la maquinaria dan vida al progreso que es el alma de todo. Estos diez mil operarios tienen hogar, familias, hijas del amor fatigado que ha florecido junto al hierro de la máquina, bajo el adusto servilismo del mayordomo y la indiferencia del patrón. Esta población tiene hambre, ¡yo lo juro! Y pide apenas lo necesario para seguir vegetando, ya que nunca vivirá. No somos viciosos, señores, nuestro jornal no alcanza para vicios; pues el vicio, lujo refinado, es enfermedad de las aristocracias.

DON AUGUSTO. Sigue Vial, me agrada oírte, sé que tienes más razones.

VIAL. Y yo sé que usted nos comprende, y usted también don Antonio, eso sí que sus negocios le hacen cerrar sus oídos y poner lápida a su conciencia. La humanidad que produce, señores, está enferma. Enferma de dolor, enferma de ignorancia, está bajo el peso de una esclavitud, atavismo de miles de años. Sobre ella pesa la espantosa ley de la herencia. Somos los hijos de los esclavos; aún marca nuestro cuerpo el látigo, se ahoga nuestra protesta y nadie hace caso de nuestro llanto. Los Césares antiguos, mataban a sus esclavos, pero les tenían circos y les daban vino y aceite, hoy, nos dan desprecio, nos señalan con insultos y nos entregan a una policía hermana nuestra y que pagamos con nuestro esfuerzo. *(Pausa)* Por última vez; ¿reciben nuestro pliego de condiciones?

DON AUGUSTO. Sí. Y os prometo que se discutirá. *(Le recibe el pliego a Vial)*

VIAL. Este seguro que sabremos agradecerle.

DON AUGUSTO. ¿qué punto es el que más os interesa?

VIAL. Todos son primordiales. Pero hemos marcado con tinta roja las peticiones que estimamos más atendibles: como el aumento de salario, seguro obrero, medios salarios para niños y enfermos, cajas de ahorros, socialización de las fábricas, disminución de horas de trabajo y feriados legales.

DON AUGUSTO. Este pliego es monumento. ¿cuándo contestaremos, Don Antonio?

DON ANTONIO. Yo, como presidente del Comité de Industriales, contesto desde luego: Que en ningún caso aprobaremos semejantes peticiones, las condiciones que ya conocen son nuestra última palabra, ¿verdad, don José?

DON JOSÉ. Creo que es la opinión general de nuestros colegas industriales. Todos están de acuerdo en que son ridículas las pretensiones y que deben allanarse con lo que hemos concedido.

VIAL. Perfectamente. Nos aumentan un diez por ciento que nada remedia, nos harán trabajar en los mismos talleres insalubres, no se preocupan del

riesgo obrero, ni de nada. Tenemos la justicia, pero como hoy hasta la justicia se prostituye, apelaremos a la fuerza. Sabemos sufrir, sabemos luchar y es posible que aprendamos a vengarnos. A la indiferencia oponemos la indiferencia; a la fuerza nuestra fuerza... iremos a la lucha y veremos quién vence a quién! (*Pausa.*) En nombre de nuestros compañeros y ante el rechazo cerrado de nuestras condiciones: ¡declaramos la huelga indefinida!

DON ANTONIO. Muy bien. Os garantizo que perderéis. Sois imprevisores, no tenéis caja de resistencia, hacéis huelga porque tenéis pereza. Os venceremos y esta derrota será definitiva. Después, no tendréis siquiera este diez por ciento de aumento generoso que, en contra de nuestros intereses, os hemos concedido. Y esto si no nos da la gana de mandaros a todos ala calle y poner nuevo personal. Lo que sobra es obreros.

VIAL. Sería un recurso echarnos a la calle, os desafío a que lo hagáis. Es el segundo desafío que hago y tampoco me aceptarán. ¿Que perderemos? Muy bien. ¿Que no tenemos fondos? Estáis mal informados. Repito que iremos a la lucha y que no tenemos miedo.

DON JOSÉ. ¿Está usted seguro de representar la voluntad de sus compañeros? Yo sé que varios miles no quieren ir a la huelga; pero también sé que hay interesados en sostenerla. Profesionales en huelgas, criminales capaces de explotar a sus compañeros de miseria.

VIAL. Si se dirige a mí, le haré saber que se equivoca al pensar que soy un agitador de profesión; yo no sustento ninguna teoría definida, el dolor me ha enseñado a razonar; el amor a mis semejantes me invita al sacrificio. Nunca pediré nada a mis compañeros y siempre en el peligro estaré en primera fila.

DON JOSÉ. ¿Querrá negar usted que existen agitadores?

VIAL. ¿Qué entiende usted por agitadores? Yo no los conozco, conozco sí a los hombres abnegados que teniendo mayores medios intelectuales, educan y guían a la gleba en su peregrinación a la posible felicidad. Son vuestros enemigos, porque comprenden los secretos de vuestro poder ancestral, que no justifica en manera alguna la vida. Yo pienso como esos hombres. Podéis aborrecerme a mí, podéis despedirme a mí, encarcelarme a mí, porque seguramente, mi convencimiento de la justicia, que ya conocéis, me hará un formidable enemigo vuestro. Si esta huelga se pierde habrá víctimas, y esas víctimas serán el pedestal eterno y macabro de vuestra indiferencia. Yo, el sentenciado a muerte por hambre, hijo del desprecio, que sabe llorar, rugir los dolores y florecer ternuras, os lo repito por tercera vez y en nombre de mis compañeros: ¡no os tememos! ¿Verdad, amigos?

ALFREDO Y ARTURO. (*Simultáneamente.*) ¡Cierto, Cierto!

LEAL. Yo, no me pronuncio, porque la asamblea es muy numerosa y temo aventurarme.

ALFREDO. Tú siempre estás con el sol que más quema; es una lástima que no hayas nacido industrial. Yo sí que estoy por el paro.

DON ANTONIO. Pero, si es una locura, si no tenéis ni dos mil pesos de fondos.

ALFREDO. ¿Y cómo lo supo usted?

ARTURO. Es adivino.

VIAL. La suerte está echada. Quemaremos las naves. No creo que el dinero sea absoluto factor de triunfo.

DON ANTONIO. Como queráis. Que no tengáis más tarde que arrepentiros. Y tú, Vial, piensa que serás el único responsable.

VIAL. Acepto la responsabilidad. En la picota o en el trono: ¡seré único! Siempre honrado, siempre fiero, siempre apóstol del amor y de la humanidad. ¡Herid como queráis que es imposible confundir a un hombre!...

*(Se retiran los delegados y, mientras lo hacen cae, lentamente el telón. DON ANTONIO sonríe con ironía mirando a DON JOSÉ que lo imita. DON AUGUSTO acompaña a los operarios hasta la puerta. Del piano surgen algunos acordes que se prolongan hasta el final)*

## ACTO SEGUNDO

*Habitación de VIAL. (Sala Pobre.) Muros empapelados con periódicos y recortes de revistas. Muebles: máquina de coser, mesita de labor, pequeño armario con papeles y libros; mesa más grande. Una cama sobre la que descansa Vial. Puertas: al foro que da a la calle, a la izquierda que comunica con la habitación de la señora MARÍA y JULIA. Amanece.*

*JULIA sentada a la máquina termina una labor, el ruido de la máquina suena en el silencio como un chocar de huesos. La luz de la lámpara empieza a palidecer ante la claridad del día que triunfa con la aurora.*

VIAL. *(Incorporándose.)* ¡Julita! ¿Todavía no te acuestas? ¿Qué hora es?

JULIA. Temprano. En un momento más concluiré. Si no estoy cansada, tonto. Ahora me toca a mí, déjame trabajar, que bastante has trabajado.

VIAL. ¿La lámpara no tiene parafina?

JULIA. Si tiene tu.

VIAL. ¿Cómo da tan poca luz? (*Se oye ruido en la calle*). ¡Julia! Sabes que no perdono la mentira, y que te quiero mucho para consentir que te suicides. ¿Qué hora es? ¿Te callas? (*Pausa corta*). Es que amanece.

JULIA. (*Se le aproxima*) Hermanito, no te incomodes; cierto es que un poco tarde; pero tú comprendes que es preciso trabajar... trabajar mucho para el hermano enfermo, para el hermano bueno, y, para la viejecita que es, como tú dices: "fuente de ternuras". (*Le da un acceso de tos*)

VIAL. ¡Toses! Tu voz es ronca. Estas escalofriada, tu palidez es cadavérica y tu sonrisa daña. ¡Hermana! Acércate, acércate más, prométeme no ser imprudente y no humillarme más.

JULIA. ¿Humillarte?

VIAL. Sí. Porque yo soy quien debo trabajar para ti. Porque yo no tengo derecho a enfermarme, no tengo derecho... ya me siento bien. Oye, asómate a la puerta. ¿Cómo será el día de hoy?

JULIA. (*Obedece.*) ¡Hermoso! Resplandece... (*Cierra la puerta y vuelve a la cama.*) Tengo sueño, vaya, soy floja; me faltan muchos hilvanes que sacar. (*Pasándole la labor.*) Sácale tú los hilvanes mientras yo duerma. (*VIAL, la contempla enternecido y pronuncia palabras que no llegan a la forma.*)

VOZ DE MARÍA. (*Dentro.*) ¡Júlia! La Julia no está en su cama. ¿Dónde se ha ido esta chiquilla? Habráse visto pícara; ¿en pie hasta esta hora?

JULIA. Me acabo de levantar, mamá. Lo hice porque Fernando me pidió remedio. (*Tapando la boca a Vial*) ¡Cállate! (*En tono de broma*) No digas nada; saca los hilvancitos. Yo me voy a acostar. Allá voy, mamá. Estoy más floja... Mire que acostarse después de haberse levantado. (*Se va por la izquierda.*)

(*VIAL, contempla la costura, pasea la mirada por la habitación; se sienta en el lecho, hace algún ejercicio y deja caer los brazos con desaliento.*) ¡No tengo fuerzas! (*el dolor le afluye cristalizado a sus ojos; ante su salud derruida siente los terribles pinchazos de la impotencia y llora, amarga y silenciosamente, abrazado a la costura. Pausa.*)

DOÑA MARÍA, venerable anciana,  
aparece por la izquierda.

DOÑA MARÍA. ¡Fernando! ¿Qué tiene mi hijito? ¿Está más malo?... ¡Si esos brutos le destrozaron la espalda!...

VIAL. Me duele mucho, madre, me duele mucho estar inutilizado, no poder ayudar a mi hermana, no poder ayudar a la huelga, no poder estar donde se me necesita...

DOÑA MARÍA. ¿Dónde más que aquí pueden necesitarte? Quién te querrá más que nosotras; a tí, que eres nuestro único sostén, nuestro único amor. Es aquí, al lado de tu madre, que te quiere sin envidias, de tu hermana

que solo piensa en ti, es aquí, donde debes vivir. Pero los hijos son ingratos, se alejan como las golondrinas, se alejan para sufrir, para ofrecerse a la envidia, para ofrecerse al dolor, para morir por el acero del puñal amigo... Los hijos no comprenden a sus madres: la madre es el verso más enorme de la gran canción de la vida.

VIAL. Viejecita mía, reclina bajo mí beso tu cabecita blanca, dame a besar tu arruga... que mi frente fatigada descansa sobre tu regazo y... perdóname. Sé que me perdonarás porque eres muy buena. Dime palabras de amor que me encanten como en mi infancia, me hagan olvidarme del mundo y concentren mi pensamiento en ti, porque yo quiero vivir sólo para ti. *(Se unen en un abrazo que alcanza más allá de la vida. El día ha triunfado, el sol inunda la habitación. Afuera reina el movimiento. Pasada la explosión de ternura la anciana apaga la lámpara, observa la costura que está sobre el lecho e inclina la frente pensativa. El dolor bate sus alas en la habitación. Pausa.)*

VIAL. Anoche no se acostó, está ronca y tose. Mamá, no la dejes trabajar más de noche; su ansia y su carácter son inmensos, pero su vida está enferma. Madre, no la perdamos. *(Pausa.)*

DOÑA MARÍA. ¡Pobrecita! Es abnegada como tú, se conoce que es tu hermana...

VIAL. Y tu hija, madre mía. *(Sonríen ante los cumplidos) (Llaman al foro.)*

VIAL. ¿Quién será?

DOÑA MARÍA. *(Se acerca sigilosamente y observa por el ojo de la llave, vuelve a la cama. Habla bajo)*. Es ese tal Leal. Yo no le abro la puerta porque le tengo desconfianza. Te observa siempre de reojo; se ha expresado muchas veces mal de ti, y no se cuida de ocultar el odio que te tiene.

VIAL. Una razón más para que le abra la puerta. Al odio, no podemos recibirlo con odio; al infamo, le basta con su infamia. ¿A qué agregar más veneno a la planta venenosa? Ábrele, mamá, y ten confianza en mí. *(Los golpes han aumentado. MARÍA abre)*

*Aparece LEAL, luego ALFREDO.*

LEAL. Buenos días. *(Avanzando y saludando a DOÑA MARÍA.)* ¿Cómo está el compañero? *(Saluda a VIAL.)*

VIAL. Estoy bien: tengo aún mucha vitalidad.

DOÑA MARÍA. Y luego, nosotras que lo queremos mucho, sabemos cómo cuidarlo.

VIAL. Yo no quise ir al hospital.

DOÑA MARÍA. Hiciste bien; pues hasta para curar las heridas materiales es preciso el amor...

VIAL. Y tú, Alfredo ¿Qué haces? ¿Cómo va ese movimiento?

ALFREDO. Así, así. Yo, para decir la verdad, lo veo medio trastornado. Los patronos conocen nuestros secretos.

DOÑA MARÍA. ¿Hay traidores? *(Mirando fijamente a LEAL)* En toda causa surge esa sombra: El Traidor!

ALFREDO. Sí, hay un traidor...

VIAL. Buscadlo, y con calma, afearle su mal proceder; demostrarle el daño que hace a los compañeros, el daño que hace a sí mismo; porque hasta la sombra del cuerpo acusa al traidor, todo toma forma para gritarle: Judas!

LEAL. Tiene razón el compañero. Yo haré indicación en la sesión de esta tarde para que se nombre una comisión que investigue, que pueda descubrir.

ALFREDO. Bien le habrán pagado su infamia los industriales.

DOÑA MARÍA. Y hay presunciones positivas para creer...

ALFREDO. Los burgueses se han puesto insolentes, conocen nuestros balances, nuestros medios de subsistencia y saben que nos vencerán.

VIAL. Vencer... ¿Nuestros esfuerzos rodarán estériles? Hay que impedirlo, hay que luchar, que cada uno tenga su puesto; que cada cual coopere en una forma definida. Orden y cohesión: he ahí la clave...

ALFREDO. Tú debías estar con nosotros para ayudarnos.

DOÑA MARÍA. Fernando, no puede ir: está demasiado enfermo. Ha pasado malas noches, ya saben ustedes cuánta sangre perdió.

ALFREDO. Si el sable del guardián le da en la cabeza, lo despacha...

VIAL. No exageres... Mamasita, si no fue nada, si no fue nada...

DOÑA MARÍA. Nada... y pensar que pude quedarme sola, sin mi sostén, sin mi amor. Y todo porque un sablazo anónimo, digno de los desordenados que siembran la insidia en el pueblo, le tocó a mi hijo, que, sin egoísmos de madre, posee una vida preciosa, una vida que es una cadena de abnegaciones...

VIAL. Mamá...

DOÑA MARÍA. Es la verdad, hijo. Tú eres demasiado bueno, demasiado sencillo, no crees en la maldad ajena, no miras que el lodo te cubre casi por completo y que pronto te asfixiará. No miras que nos envuelves en esa lepra, en ese descontento que causa la mueca odiosa de la envidia; esa lepra que acompaña más allá de la vida... Ese dolor que no mitigan ni el amor de la madre, ni la sonrisa del hijo, ese dolor que rebulle como agua pútrida, que sube del corazón a los labios que no tienen blasfemias, y a los ojos que no tienen lágrimas. Ese dolor sombrío que ríe y que denigra por la boca del íntimo, del que te busca y se interesa por tu salud...

Alfredo. La señora tiene razón: la calumnia, la mentira colectiva es la que eleva calvarios y estruja el sumo de la cicuta.

VIAL. Pero hay que ser fuertes como esos filósofos que entregaban sus venas al bisturí, sus labios al veneno, y sus almas a la cruz... Que venga la envidia, que nos envuelva con su lepra. La verdad es la verdad; bella como tal, es como el germen vegetal que rompe las rocas para ver la luz, así de potente ¡así de grande! Yo desafío a la calumnia. Yo desafío a la envidia. Mi carne es sacrificio mi alma es de amor y de redención. Madre, si muero lejos de ti cumpliendo mi apostolado, perdóname; que tus lágrimas me purifiquen, yo moriré amando al odio.

DOÑA MARÍA. ¡Hijo! (*Abrazándolo.*) Cómo tenerte siempre entre mis brazos, oyendo el alma de tu corazón, sintiendo tu sangre, amando tu vida, así, siempre, siempre... Hijo, no huyas mis caricias: piensa más en mí, en tu hermanita que te ama, en ti mismo... piensa que te cultivé como una flor... piensa... Hijito... Qué cobarde soy... Soy débil... Sólo llorando me alivio... Llorando... (*Llora abrazada a él. Pausa.*)

VIAL. Mi viejita, no tenga miedo, no haga de mí un cobarde, usted no querrá que su hijo sea indigno, porque lo ama. ¿Verdad, madrecita?

DOÑA MARÍA. ¡Fernando!

VIAL. ¿En qué podré ayudarlos?

ALFREDO. Distribuyendo el trabajo. Las compañeritas salen con las alcancías, los compañeros van a los negocios, todos simpatizan con la huelga; pero estamos apurados. Debemos hacer beneficios teatrales; tu hermana trabajaría y así podríamos sostenernos. ¿Podremos contar contigo?

VIAL. Sí.

DOÑA MARÍA. Irá a la Tarde.

ALFREDO. Luego debe ir para que me ayude a distribuir el trabajo de hoy.

VIAL. Iré en seguida. (*Se viste ayudado de Alfredo y al vestirse hace un enorme esfuerzo por disimular los dolores de la herida. Se levanta y vacilante se encamina por la izquierda*)

ALFREDO. Todavía está malo.

DOÑA MARÍA. No debe ir.

LEAL. El sabrá. Yo creo que otro puede...

ALFREDO. ¿Y cómo no lo ha hecho nadie? Parece mentira que haya quien se atreva a... Vial es muy necesario.

VIAL. (*Dentro*) Hermanita. Cuando te levantes acércate por la Federación para ayudarme.

JULIA. (*Dentro*) Pero tú... ¡Mamá, Fernando está levantado! Yo no quiero que vaya a la Federación, no faltaba más.

VIAL. (*Dentro*) ¡Tonta!... Si estoy sano. ¿Ves cómo salto?

VIAL y JULIA, *por la izquierda.*

JULIA. ¿Pero lo ve, mamá, cómo se ha levantado para ir con ellos? ¿A que lo sableen de nuevo los pacos? Yo no quiero que vaya. No quiero, no se lo llevarán; no quiero!... Mucho lo apreciaba usted, Alfredo, pero viene a llevarlo sabiendo que está malo.

VIAL. Basta, mi ñatita regalona. Si estoy bien y no me había levantado por regalonear. (*Pausa*) Pásame ese libro de apuntes.

JULIA. (*Lo busca entre los papeles.*) Toma, porfiado. Y desvélese usted por los hermanos. Lo que a ellos les importa...

VIAL. Cállate, tonta, cállate.

Alfredo. Hasta yo he tocado. Tan mal genio que tiene esta chiquilla; te enojas conmigo que te anduve trayendo en brazos cuando eras chica, cuando te parecías al gato; eso sí que tu regabas...

JULIA. Alfredo... Tan...

ALFREDO. Tan... to te quiero...

JULIA. ¿Sí?

ALFREDO. Entonces, ¿no es cierto lo que dicen?

JULIA. ¿De qué?

ALFREDO. De nuestro casorio

JULIA. El alabancioso...

DOÑA MARÍA. Ya creyó la tonta...

VIAL. ¿Y te parece mal este niño para novio? Es un gran huelguista.  
¿Verdad, Leal?

JULIA. A este señor tenebroso, no le pida opiniones, han de ser como sus  
pensamientos: ¡Negras!

LEAL. Muchas gracias.

VIAL. ¿Vamos?

LEAL. Vamos.

*(Mutis foro los tres. Al salir VIAL  
deja olvidado el libro de apuntes.  
DOÑA MARÍA y JULIA, los contemplan  
alejarse desde la puerta de foro.)*

DOÑA MARÍA. *(Tomando escena.)* ¡Pobrecito! Tambalea para andar. Ha sido una  
imprudencia dejarlo ir.

JULIA. *(Con rabia contenida)* Pero quién lo iba a sujetar si es tan... puede  
ver que se lo están comiendo... parece que tiene las carnes muertas.  
¡Claro, si sufriera no iría! Mamá, yo veo en este proceder de Fernando  
una desconsideración; él, sabe que lo queremos y no hace nada para  
correspondernos.

DOÑA MARÍA. ¡Pobrecito! Es así... No sé cómo, no se dará cuenta del ultraje  
que me arrojan. ¿Cuál será su mira? *(Pausa.)* ¿Tú, no estás cansada?  
¿Por qué no te acuestas?

JULIA. ¡Qué me voy a acostar! Me parece que tengo el corazón del tamaño de  
una nuez; no podría dormir con la rabia que tengo, me darían  
pesadillas. Lo que haré será ir a la Federación.

DOÑA MARÍA. ¿Será cuando hayas tomado desayuno? *(Como consigo misma.)* ¿Qué  
pensará este niño? ¡Por qué se descuida tanto a sí mismo! Mientras  
busca la comida para otros en su casa perecen; pero yo se lo diré  
cuando llegue: "Hijo, tú eres demasiado bueno con todos y eres malo  
con nosotras. Que no te fijes en lo que trabaja tu hermana; en lo que  
sufre tu madre, llena de inquietud por el peligro que tú corres. ¡Por  
qué das tu vida a otros que son unos ingratos ofensivos que te  
muerden...! ¡Sí que te muerden!" Así lo diré bien clarito; y llorando  
lo abrazaré y si no logro reducirlo con dolor y con ternura, creeré  
que se ha muerto.

JULIA. *(Que tomando la costura y se dispone a trabajar.)* ¿A qué horas iré a  
entregar? Me embromo conversando de otras cosas: todos nos olvidamos  
de la vida.

DOÑA MARÍA. ¿A qué hora abren las agencias?

JULIA. ¿Qué va a empeñar?

DOÑA MARÍA. Sabes que hay que comprar la receta para tu hermano: Voy a empeñar mi anillo de matrimonio. ¡Dios mío, cuando empeño una prenda parece que me despido de un amigo que se va para siempre!

JULIA. ¿Por qué no lleva mi vestido, mamá?

DOÑA MARÍA. Y tú con qué sales a la calle.

JULIA. Yo salgo en cualquier forma.

DOÑA MARÍA. Es que una niña si no va vestida con decencia, no la respetan.

JULIA. Es que no quiero petardear.

DOÑA MARÍA. Si no se trata de petardear. Siempre has de embolar la conversación.

JULIA. ¿Ahora se va a enojar conmigo?

DOÑA MARÍA. Tan porfiada que es mi hijita: No quiere comprender que mis palabras son hijas de mi buena intención.

JULIA. Si lo entiendo, mamá; es que estoy no sé como, tengo susto... Parece que me oprimen el corazón, fuere, así. (*Acción de apretar la mano.*) Parece que toda la sangre de mi cuerpo cae gota a gota sobre mi vida; las sienas me martillean, mis labios me tiemblan, mis ojos se acaloran, se me estrecha la garganta. Tengo tantas ganas de llorar.

*(Lloran estrechamente abrazadas. Después silencio, el silencio de los huérfanos que sueñan con la madre imposible; el silencio de la tumba que guarda sólo un polvo de la vida que fue. Llaman discretamente a la puerta del foro. MARÍA abre.)*

DON AUGUSTO, *por el foro.*

DOÑA MARÍA. Es don Augusto.

JULIA. Usted, señor.

DON AUGUSTO. Ustedes se sorprenden antes de saludarme.

*(Sonríen pidiendo disculpas)*

DOÑA MARÍA. Siéntese, señor. (DON AUGUSTO *se sienta*)

DON AUGUSTO. Cómo sigue, Fernando.

DOÑA MARÍA. Está mejor; ya se levantó.

DON AUGUSTO. ¿Tan pronto?

JULIA. Lo hizo porque se lo exigieron y porque es tonto. Esta muy malo y se va a empeorar. Nosotras no podemos ni hacerle remedios, que apenas ganamos con qué comer.

DON AUGUSTO. ¿Y dónde fue?

DOÑA MARÍA. ¿Y a dónde quiere? A la federación.

DON AUGUSTO. ¿Para qué lo quieren? Si cuando la policía lo hirió no fueron capaces de recogerlo de la calle. Fernando es más bueno que Cristo,

porque no tiene ambiciones de Dios. De todos modos no debió haber ido. (*Pausa.*) Y dígame señora, ¿está hecho ese bordado?

DOÑA MARÍA. Sí, sí. Ayer estuve lo esperando todo el día.

DON AUGUSTO. No tuve tiempo de venir.

DOÑA MARÍA. Voy a traerlo. (*Mutis izquierda*)

DON AUGUSTO. Y tú, qué dices, chiquilla... siempre tan flacucha.

JULIA. Quiere que engorde; tan poco que trabajo; no engorda usted que no hace nada...

DON AUGUSTO. A ti te parece que no hago nada. Yo trabajo mucho.

JULIA. Sí... (*Se sonríe, quiere preguntar algo y no se atreve.*)

DON AUGUSTO. ¿A ti qué te pasa?

JULIA. Una pregunta tonta... ¿Habrás visto?... ¿Qué me importará a mí?

DON AUGUSTO. ¿Qué te pasa? Te encuentro misteriosa... ¿Qué me quieres preguntar? Habla, habla no más.

JULIA. Es... cierto... que usted... se casa con la señorita...

DON AUGUSTO. ¿Con quién?

JULIA. ¿Quiere que se la nombre?

DON AUGUSTO. Francamente. Si yo no me caso con nadie, hasta que tú engordes y me quieras.

JULIA. ¿Usted no halla de quién burlarse?

DON AUGUSTO. ¿Te enojaste?

JULIA. Claro que me da rabia pues, lo que le dice a una. (*Pausa. Rencorosa y con cierto mimo.*) ¿Es cierto que se casa con la Chavelita?

DON AUGUSTO. No lo sabía: ahora que me lo dices tú, me impongo. Si a mí no me gustan las mujeres.

JULIA. Sí... a otra que le crea.

DON AUGUSTO. ¿Y tú, cuándo te casas?

JULIA. (*Triste.*) Quién se casa conmigo. Será por lo poco tísica que estoy. Y ahora con mi hermano enfermo no tengo tiempo para descansar. Si tuviéramos capital podríamos trabajar algo que produjera.

DON AUGUSTO. ¿En qué, por ejemplo?

JULIA. En las pieles. Se gana montón. En las flores, en fin, en muchas cosas. Ya ve los *gringos*, tienen todos los monopolios: Nos explotan y se enriquecen. Si yo tuviera plata pondría una fábrica modelo, así como la sueña mi hermano: con seguro obrero, con dividendo, aseo, escuela, cooperativa y habitaciones.

DON AUGUSTO. No ganarías mucha plata. (*Mirándola a los ojos.*) ¡Qué niña y qué buena que eres! (*Pausa.*) ¿Con cuanto dinero podrías trabajar?

JULIA. Hasta con... cincuenta pesos. Iría yo misma y me compraría seis pieles de zorro.

DON AUGUSTO. ¿Y cuánto te cuestan?

JULIA. Poco más de treinta pesos.

DON AUGUSTO. No sabes calcular. Serás mala industrial. Mira, cabecita vana, tienes que comprar, algodón, ojos, narices, garras y sedas para forros.

JULIA. Usted sabe más que yo.

DON AUGUSTO. Creo saber más que tú, créeme, me enternece tu sencillez, estoy dispuesto a ayudarte; no te ruborices, no soy romántico, pero soy honrado. Sé lo que vales y lo que valgo. ¿Aceptarías que yo te ayude? ¿No me harías el desaire de no aceptarme? (*Julia calla.*) ¿Tienes desconfianza?

JULIA. Yo no, pero si mi hermano...

DON AUGUSTO. No hagas caso de él; tu hermano es tonto y medio. Acepta el préstamo que te haré y organízate. Después entre los dos nos reiremos de tu hermano, ¿quieres? (*Julia hace que sí con la cabeza y se inclina pareciendo que lucha con una gran preocupación*)

DON AUGUSTO. Empezarás con quinientos pesos. (*Saca el dinero y cuando se lo va a dar aparecen LEAL, por el foro, y MARÍA, por la izquierda. JULIA al ver a MARÍA se siente impulsada a rechazar el dinero.*)

DON AUGUSTO. ¿Qué tienes? Señora María, esta chiquilla es tonta.

DOÑA MARÍA. (*Se acerca.*) ¿Qué pasa?

DON AUGUSTO. Hemos planeado una industria que ella dirigirá como socia industrial, se entiende. Y no quiere recibir el capital.

JULIA. Es que yo... mamá. Don Augusto es muy bueno, yo creí que lo decía por broma. Pero acepto el dinero, quiero trabajar.

DOÑA MARÍA. ¿Cómo es eso don Augusto? (*Viendo a Leal.*) Y usted qué hace en la puerta. ¿Por qué no entra?

LEAL. Es que creía estorbar.

DON AUGUSTO. Lo felicito por su amplitud.

JULIA. Veo que se pone escrupuloso.

DOÑA MARÍA. No mucho. No entraba por no estorbar, pero, observaba desde la puerta.

LEAL. Si mi presencia causa tanto disgusto, prefiero marcharme, no estoy dispuesto a soportar ciertas insinuaciones.

DON AUGUSTO. Lo siento por usted. Hoy son insinuaciones, mañana serán protestas.

LEAL. No entiendo por qué.

DOÑA MARÍA. Cortemos este asunto: ¿Qué se le ofrece a usted?

LEAL. Vengo a buscar el libro que se dejó olvidado el compañero Vial.

DOÑA MARÍA. ¿Qué libro es?

JULIA. (*Viendo el libro*) Es éste. Pero... yo se lo llevaré.

LEAL. Muchas gracias por la confianza.

DON AUGUSTO. Se le tiene mayor confianza aún: usted firmará como testigo del compromiso que haré con la señorita.

JULIA. ¡Él!

LEAL. (*Con voz que se va exaltando poco a poco.*) Yo no sé a qué obedece esta actitud, me están creando una situación verdaderamente enojosa. Yo no le he hecho nada a nadie; vivo de mi trabajo como todos, no me explico pues, este desprecio. La Julita se ha expresado malamente de mí en muchas ocasiones. Quiero que me explique cara a cara su proceder. ¿Qué le he hecho yo?

DOÑA MARÍA. (*Con mucha ironía.*) Tan injusta esta chiquilla; ve que el

compañero Leal es tan bueno con su hermano; tan bondadoso con ella; tan franco con todo el mundo. Y ha de expresarse mal de él.

(DON AUGUSTO *se sonríe dominando la escena*)

LEAL. También usted, señora María.

JULIA. Usted quiere explicaciones, se atreve a pedir explicaciones. Usted sabe como siente y como obra; usted que medita las maldades que ejecuta; usted que en nombre del ideal social enfanga doncellas; profana hogares; perora en los comicios mintiendo redenciones! Usted es el apóstol negro, que va por la vida dejando trazos de sombra que jamás se borran, usted vive de mentir y miente para vivir. Diga usted: ¿Qué daño le ha hecho mi hermano para que usted le haga mal ambiente, lo calumnie y lo burle? Usted ha vivido bajo este techo, usted es un ingrato, usted es despreciable. Lo digo yo que lo siento y lo justifico.

DON AUGUSTO. Chiquilla, no te conocía estos arranques, me felicito una vez más: ¡mi socia es una heroína!

LEAL. Una heroína que insulta en su casa, que arroja todos sus rencores a quien nada le ha hecho, no piensa lo que dice, pero que ofende al hablar...

DON AUGUSTO. (*Interrumpiéndole*) Y que tiene cuatro quintos de adivina.

LEAL. Sé perfectamente que algún día me justificarán, que algún día comprenderán las sombras de mi vida. Yo tengo mis convicciones, obro como siento y tengo necesidad de vivir.

DON AUGUSTO. Con esa lógica, no habría qué reprochar a los asesinos que comen pan con sangre: *tienen necesidad de vivir.*

LEAL. Yo no soy asesino.

DON AUGUSTO. No sólo son asesinos los que matan, hay otros que hieren el alma dejando el cuerpo vivo. Hay quienes hincan su garra en los corazones, arrancando lágrimas a los ojos y creando situaciones desesperadas, por egoísta utilitarismo y quienes viven de explotar a su madre. (*Leal quiere hablar Don Augusto prosigue.*) Sé que me dirá usted que cada uno tiene su moral; pero yo no la acepto; ¿comprende usted por qué lo digo? Usted parece un apóstol, su apellido es una ironía, una sangrienta ironía, debe pesarle como la marca de Caín... La huelga se perderá, es decir la ganaremos nosotros los industriales. Dígame usted: ¿Por qué perderán? ¿Quién ha determinado esa derrota?

LEAL. Yo no puedo saberlo.

DON AUGUSTO. Pero yo lo sé.

ALFREDO, *se detiene en el foro.*

DON AUGUSTO. Adelante, amigo.

ALFREDO. Don Augusto, mucho placer de encontrarlo; quería hablar con usted. (*A LEAL*) Y tú ¿Qué haces aquí? Hace una hora que te mandamos por ese libro y no te haz movido. Nosotros esperándole y el niño aquí,

lateando.

LEAL. Me están procesando.

JULIA. Todavía no.

DON AUGUSTO. ¿Usted tenía que hablarme?

ALFREDO. Usted es el industrial más humano.

DON AUGUSTO. ¿De la huelga?

ALFREDO. Sí.

DON AUGUSTO. Cuando usted entró le decía a este caballero que los trabajadores perderían.

ALFREDO. ¿Sí? (*Con ironía.*) Es muy optimista su cálculo, señor Harwey... Estamos unidos por el hambre, mire usted si será fuerte nuestra unión. Defendamos nuestra vida, ¿usted admitiría que tenemos derecho a vivir? Yo sé que nos concede la personalidad, aunque seamos más ignorantes que un zapato, usted sabe por qué somos ignorantes, porque nos despreciamos. ¡Yo tengo siempre buen humor, pero muchas veces meditando ante las injusticias sociales, se me empuñan las manos, se me arruga la frente, me palpita el corazón y siento impulsos de muerte! Usted no sabe, don Augusto lo terrible que es tener hijos, amarlos más que la vida propia y no tener un día con qué alimentarlos; verlos helarse de frío y no poder abrigoarlos; verlos morir por falta de una moneda para comprar medicinas.

DOÑA MARÍA. Las medicinas, parece mentira que la vida de un hombre, la felicidad de un hogar, puedan caber dentro de un frasco de medicina. Dentro de ese frasco que nuestra miseria nos impide adquirir.

ALFREDO. Usted comprende nuestros problemas, sé que ha pensado en ellos. ¿No justifica usted la miseria que pide menos de lo que necesita? ¡No se horroriza usted ante la avaricia de los industriales, que no niegan el pienso a sus caballos y niegan el alimento a sus obreros, a los torniquetes vivos de sus máquinas! Dígame, siempre se me ha ocurrido, pero no lo sé de cierto: ¿Los industriales tienen más de un estómago o es el suyo una víscera distinta a la de los pobres? Como es que ellos le conceden tanto para alimentarlos y nos lo niegan a nosotros.

DON AUGUSTO. Siento una gran satisfacción en oírlo, yo sabía por Vial, que era usted un obrero preparado y sincero. Sí, amigo, he pensado en esos problemas, hondamente he contemplado la desigualdad social; he visto el hambre a través de la palidez de los rostros; la miseria agresiva flotando como pendón de desafío en el harapo sucio; he visto la amenaza en los ojos del explotado, la amenaza que se vela por cobardía o por necesidad. Sé que hay quienes envenenan al pueblo: Me reconozco victimario, yo soy menos malo, pero soy apático. He visto a un hombre y he pensado: Tiene hambre; pero no le he dado qué comer. He visto a una mujer rodar por el arroyo y no la he salvado porque "son cosas de la vida". Supongo que usted me creerá que he sufrido, aunque mi sufrimiento haya sido cobarde. Yo no podía ser el Quijote, se reirían de mí, me arruinarían tal vez y luego, me falta nobleza para serlo...! (*Se calla profundamente afectado.*)

DOÑA MARÍA. Tal vez exagera, don Augusto.

DON AUGUSTO. No lo crea, señora. Quiero ser digno del hombre que me escucha. Cuando ustedes declararon la huelga, creí la ganarían, tuve confianza en vuestra cohesión; me olvidé que en las luchas de la vida, los fuertes se nutren de los débiles. Ustedes debían perder porque el capitalista tenía dinero con qué comprar conciencias... y entre ustedes había mercaderes...

ALFREDO. Señor, explíquese. Diga un nombre, diga lo que sepa: Tengo derecho a confiar en usted.

DON AUGUSTO. (*Sombríamente.*) Los industriales supimos que ustedes no poseían fondos, que había un feroz antagonismo entre los dirigentes, que el egoísmo todo lo corroía, que ustedes eran viciosos, y tan poco hábiles, que ni siquiera supieron elegir el momento de levantarse. Aunque esta huelga durara tres meses, los industriales no perderíamos: Hay muchas existencias.

ALFREDO. Es que nosotros conocemos medios de hacerlos perder.

JULIA. La violencia, la acción directa, no... no es un buen medio. Detrás de ella está la cárcel sombríamente horrible, el desprecio, el hambre incisiva, la deshonra íntima. ¡No, la acción directa, no!

DON AUGUSTO. Podrías declarar el "sabotaje" pero qué ganaríais con destruir maquinaria, con incendiar los locales, nada más que miseria, porque no tendríais dónde trabajar. En cambio haríais la fortuna de vuestros enemigos: Las fábricas tienen fuertes seguros. ¿Veis la desigualdad? La lucha es imposible, por lo menos en esta circunstancia.

ALFREDO. ¿De modo, señor que nuestro porvenir está determinado?

DON AUGUSTO. Perdéis. Y aunque ganarais, ¿en cuánto tiempo llegaréis al equilibrio económico? Es decir, a recuperar lo que perdéis con el paro; la miseria fisiológica que os asola. El desaliento que os deprime, la desgracia que os estruja. Comprendo que vosotros tenéis derecho a vivir, a gozar de la vida; pero no veo la próxima solución. (*Pausa.*)

ALFREDO. Resistiremos cuanto podamos; somos hombres y los hombres mueren en sus puestos. Deme ese libro, Julia.

JULIA. Aquí lo tiene.

ALFREDO. Gracias.

JULIA. Yo lo acompañaré.

ALFREDO. A mucha honra. Y antes de marcharme, lo conjuro a que me diga el nombre del traidor. Usted lo conoce.

DON AUGUSTO. (*Dejando caer las palabras una a una*) ¿Quiere saber la verdad? El compañero Leal se la dirá.

(*Telón*)

## ACTO TERCERO

*Salón social. Escenario donde se reúne el Directorio de la Federación. Mesa, sillas, un retrato de Francisco Ferrer Guardia, en los muros colecciones de periódicos revolucionarios. Al fondo en último término la Sala en que tienen asientos los asociados.*

*A telón corrido se inicia el siguiente violentísimo diálogo.*

VOZ DE ALFREDO. Me parece cobarde todo insulto lanzado contra enemigos ausentes. ¡Usted es un cobarde! ¡Yo le voy a romper la cabeza!

UNA VOZ. Este es un parcial de Vial, que goza de las industrias de la hermana. ¡Es inteligente la hermanita!

VOZ DE ALFREDO. ¡Así se habla de las mujeres! (*Ruido de lucha.*)

VARIAS VOGES. ¡Fuera, fuera!

SE ALZA EL TELÓN.

*Se ve salir por el foro izquierda a ALFREDO, en medio de una silvatina general de la Sala, y coreado de voces que dicen: ¡Fuera el cómplice, fuera el traidor! En la mesa el compañero LEAL, SECRETARIO y cuatro hombres del Directorio de la Federación.*

LEAL. ¡Los niños no aguantan vainas! ¡En qué forma echaron a la calle a Alfredo! Y este es un buen muchacho influenciado por Vial, pero no corrompido.

DIRECTOR 1°. Alfredo es un buen compañero, un decidido luchador, pero quiere a la hermana de Vial y el amor, amigos, incuba traiciones y grandezas...

ARTURO, TESORERO. Para luchar por una causa tan justa como la nuestra, en que e juega la vida del pueblo, hay que prescindir del amor, el amor es para los días de abundancia.

DIRECTOR 3°. Yo desearía que el compañero Leal, concretara cargos, aún no hemos oído a Vial y no podemos interpretar la verdad, oyendo a una sola de las partes. Además, declaro que no estoy de acuerdo con la conducta observada con Alfredo, es un buen muchacho y un gran luchador.

LEAL. Y yo, en todo momento sostengo lo que he dicho: He visto a don Augusto entregar una fuerte suma de dinero a la hermana de Vial.

DIRECTOR 4°. De ese hecho, ¿qué deduce usted, compañero Leal?

LEAL. Me parece inocente la observación. ¿Qué piensa usted de una persona que reciba servicios del enemigo? Creo que eso lo hacen solamente los traidores.

DIRECTOR 1°. Ese hecho me parece sospechoso, pero la conducta de Vial, para mí, es clara.

LEAL. Es que sabe mentir.

ARTURO. Creo que sería bueno discutir esto en presencia de Vial. Creo que podríamos dar cuenta de los últimos acontecimientos relacionados con la huelga. El compañero Secretario dirá.

LEAL. Puede empezar usted por dar su cuenta.

ARTURO. Nos apersonamos a los industriales, los cuales se mostraron insolentes diciéndonos que para el lunes tenían personal listo con qué reemplazarnos y que nos quitaban el aumento que nos concedieron el año pasado.

DIRECTOR 3°. ¿Nos quitan lo que nos habían dado?

ARTURO. ¡Justo! ¡Nos han vencido! Nos veremos obligados a trabajar en la forma que ellos quieran, so pena de morirnos de hambre; los pobres somos más refatales...

Leal. Las huelgas son casi siempre contraproducentes.

ARTURO. Cuando hay un traidor que vende los secretos.

DIRECTOR 4°. Nunca creeré que Vial...

ARTURO. ¡Imposible!

LEAL. Los hechos son muy elocuentes.

DIRECTOR 1°. ¿Cuánto dinero hay en tesorería?

ARTURO. Sólo hay cuentas por pagar. Llegamos a la más espantosa bancarrota. Es imposible sostenerse un día más; luego los compañeros protestan, y tienen razón: Somos los responsables de la derrota, en todas las casas hambre, dolores y muerte. (*Silencio. Ruido en la Sala.*)

UNA VOZ. Pido la palabra.

LEAL. Concedida.

UNA VOZ. Yo creo que hay suficiente número: pido que se lea la nota de contestación de los industriales.

LEAL. No hay inconveniente, aunque... Nota propiamente tal no hay; los industriales no sólo se niegan a mejorar nuestra condición, es más, nos quitan el aumento que conquistamos en la huelga pasada. (*Rumores que se acentúan, palabras de descontento, ruido.*)

OTRA VOZ. No ejemos trabajar a nadie.

UNA VOZ. Quisiera conocer las existencias de Tesorería.

ARTURO. No hay un centavo.

UNA 3ª VOZ. Entonces ¿Qué vamos a hacer?

UNA VOZ. Trabajar por cualquier precio.

LEAL. La huelga se perdió, compañeros, porque hubo un traidor que vendió nuestra causa. Pronto vendrá el compañero Vial, que es el único responsable, a dar cuenta de su actitud.

VARIAS VOGES. Que se le llame.

VIAL, *sale por el foro izquierda.*

VIAL. (*Llegando.*) Ya estoy aquí, compañero. (*La sala se queda en respetuoso silencio.*) Agradezco la benevolencia del Directorio que me llamó para pedirme cuenta, y agradeceré que se me oiga para que se me juzgue sin pasión.

VOCES. Que hable, que hable.

LEAL. El compañero puede estar seguro de la imparcialidad de la mesa.

VIAL. Si es usted quien preside no veo la seguridad; usted es parte interesada, por consiguiente, le ruego que deje la mesa.

LEAL. No tengo inconveniente. ¿Algún compañero, quiere presidir?

VOCES. ¡Que presida el compañero Tesorero!

ARTURO. Acepto y agradezco, compañeros. (*Pasa a ocupar la silla que deja Leal.*)

LEAL. Ahora estará satisfecho el compañero Vial. (*VIAL lo mira y no contesta*) El compañero me tiene resistencias. Es necesario que se convenza que yo soy ajeno a este movimiento de opinión. La huelga se ha perdido. En el convencimiento de todos está que alguien la ha vendido y muchos dicen su nombre.

VIAL. Si me concede la palabra procuraré levantar cargos.

ARTURO. El compañero Vial, tiene la palabra.

VIAL. El compañero Leal, dice que muchos han indicado mi nombre, sindicándome de traidor. Yo siempre he luchado frente a frente, y quien me ataque o dude de mi honradez, debe proceder como yo. Todos sabéis que no soy vengativo, pero debéis tener también la convicción de que jamás soportaré que se me humille. ¿Quién me acusa de ustedes? (*Todos callan.*) Este silencio me dice que hay corazones sinceros en la Sala. ¿Hay alguno a quien en mi vida haya perjudicado con hechos o palabras?

VOCES. No.

VIAL. Hechas estas declaraciones de la Sala hablaré con absoluta confianza. Hablo a los que sufren y confío que mi dolor sabrá convencer. Yo no voy a acusar a nadie, no llego a comprender, en un hecho que subleva mi naturaleza, que ensombrece mi vida, el pensar que haya un hambriento, que haya un desgraciado, que haya un miserable que comercie con la miseria ajena. Aunque pudiera señalar un nombre no lo señalaría, jamás seré juez de nadie, sé que hay una conciencia que todos llevamos y a quien no podemos ahogar, una conciencia que es juez y parte. Se ha dicho que los industriales han obrado con absoluto conocimiento de causa, es decir, conociendo nuestra situación; nos vencieron porque eran fuertes, nosotros no teníamos para oponerles más que nuestra miseria que, aunque es universal, está herida de muerte, no tiene fuerzas para combatir, tiene sólo dolores e impotencias. ¡Alguna vez venceremos, cuando nuestros dolores sean unidos con la cohesión que da la fe, entonces no habrá traidores, sólo hombres! (*Aplausos.*) Se me ha

llamado para hacerme cargos que nadie ha concretado; me considero pues autorizado para creer que esos cargos no existían y en consecuencia dejo la palabra, agradeciendo la benevolencia de la Sala.

LEAL. Pido la palabra.

ARTURO. Concedida.

LEAL. Nadie ha dicho precisamente que usted haya dado esos datos a los industriales. Pero hay otro hecho que reviste cierta gravedad: se sabe que usted cultiva relaciones de amistad con don Augusto y que éste ha visitado su casa con mucha frecuencia últimamente.

VIAL. Es verdad; hace tiempo que somos amigos, ningún compañero ignorará que en un mitin la policía me atropelló y conste que no quiero jactarme de haber derramado mi sangre por el pueblo, todos saben que mi vida les pertenece. Estuve enfermo de gravedad y nadie, "ningún" compañero pareció por mi casa; sólo mi amigo, el industrial, tuvo humanidad y me visitó. No reprocho a nadie: la ingratitud es una virtud de todos los tiempos.

DIRECTOR 4°. Con el cariño y el respeto que el compañero Vial me merece, quiero observar que el hecho de conocer los patrones nuestro estado no tiene otra explicación: el "único" que ha estado en contacto con los industriales ha sido usted.

VIAL. Otra razón más para no dudar de mí. Los traidores para obrar se ocultan; si yo hubiera querido dar esos datos no habría permitido a ninguna persona sospechosa entrara a mi casa; el que ha dado esos datos no ha sido visto, o lo aseguro.

DIRECTOR 4°. El compañero Leal ha visto recibir a su hermana dinero de don Augusto.

VIAL. Mi hermana que no ignoraba que llegaría el momento en que se la acusaría, espera abajo. Quiere justificarse. Si me permitís la llamaré y ella sabrá dar explicaciones. Y conste una vez más que yo no acuso.

ARTURO. ¿Podremos consentir que pase la compañera Julia?

UNA VOZ. No es compañera, no le gustan los pobres, se casará con un industrial.

VIAL. Compañero, no se casará con nadie. Mi hermana, a quien amo más que a mi vida y por quien hasta soy capaz de matar: está tísica en primer grado. ¿Sabéis por qué? Porque su hermano por darse al pueblo, olvidó su hogar donde viven una madre anciana y una muchacha débil: mi hermana. Y ella ha tenido que dejar su vida, partícula a partícula, sobre la horrible máquina de coser. ¡Ella no podía acompañar la huelga!

UNA VOZ. (*Insolente.*) Así dicen...

VIAL. Amigo, le suplico más respeto: no le concedo el derecho a insultarla.

LA MISMA VOZ. Y yo tampoco se lo concedo a ella para recibir dinero de los ricos.

VIAL. Ella podría venderse si quisiera, nadie tendría que motejarla.

ALGUNOS. ¡Viva el apóstol!

UNA VOZ. Como descubre las uñas.

VIAL. (*Llamando.*) ¡Hermana!

JULIA. (*Dentro.*) Ya voy. Estoy oyendo.

*Sale JULIA. Carcajadas, burlas, palabras groseras la acompañan.*

JULIA. Yo no pido la palabra. Como insultada. Tengo la obligación de defenderme... ¿De qué me acusan? ¿De venderme a los ricos? ¿Se supone que don Augusto...? Él vale moralmente más que todos ustedes: es incapaz no ya de obrar mal ide pensar mal!

UNA VOZ. ¡Claro, es rico!

JULIA. Fue un día que me amanecí sobre la máquina de coser, trabajando para mi hermano enfermo, cuando don Augusto, me prestó dinero, para que hiciera otra labor más liviana. Esa es la verdad. El que lo dude que se coma su duda y se envenene con ella. ¡He dicho la verdad y no doy más explicaciones! (*Tose ferozmente.*)

VOCES. Ya terminó la reina...

OTRAS VOCES. Es concluyente...

JULIA. Hablad todos, echad baba, es vano, jamás conseguiréis nada de mí. ¡Apóstoles! Me dais asco... ¡asco...! Vamos, hermano, no puedo más, es terrible este fango ¡terrible! (*Lo abraza y llora amargamente. Algunas risas.*)

VIAL. Lloro, hermana el llanto que los viles no comprende, te aliviará. Los obcecados, ni aman ni saben llorar. Lloro, hermana, que el llanto es fuerza. ¡Lloro, hermana! Que vean cómo se va tu vida, cómo rueda tu dolor, que te destrocen, que sepan cuánto hiere su sarcasmo, su infamia! Yo te amo, tú lo sabes, y yo, soy puro! ¡Acusa, hermana con tu dolor, aléjate de la tierra con tu llanto y no veas esta feroz bajeza!

UNA VOZ. Recibe, hermana, plata a los ricos, para mí.

VIAL. ¡Ya es demasiado! Pido que no me insulten más. ¡Bueno soy, pero no soy Cristo! Juro que he de arrancar la lengua al miserable que insulte a mi hermana

UNA VOZ. No nos asuste (*Risas.*)

OTRA VOZ. No le tenemos miedo a los industriales.

VIAL. ¿De modo que creéis en mi traición?

UNA VOZ. Mientras nosotros moríamos de hambre, su hermanita recibía empréstitos de don Augusto y usted sus visitas. Usted ha sido bueno, pero su conducta es extraña, luego usted no es hombre de trabajo... No podemos ni creer en su verdad, porque parece mentira.

VOCES. El traidor... El mercader... Fuera... Fuera!...

*(Agitación, tumulto. ARTURO agita la campanilla pidiendo orden. VIAL sonrío tristemente abrazado a su hermana y no puede hablar.)*

DON AUGUSTO. (*Dentro.*) ¿Se me permite entrar?

MUCHOS. ¡Don Augusto!

ALGUNOS. Que entre.

DON AUGUSTO. (*Sal.e.*) ¡Julia, aquí!

JULIA. Don Augusto. Me han insultado, dicen que usted me ha “comprado” con esa plata.

UNA VOZ. Él... qué va a decir...

DON AUGUSTO. ¡Soy honrado! Jamás daré mi dinero por intereses viles a una mujer del pueblo, ni seré tan romántico que me case con alguna de ellas. Pero, os juro, que las palabras de Julia sin la más fiel expresión de la verdad.

UNA VOZ. ¡Usted no la ha oído!

DON AUGUSTO. Sé lo que habrá dicho, porque habrá dicho la verdad. (*Pausa. Se restablece el silencio.*)

UNA VOZ. ¡Que diga a qué viene!

DON AUGUSTO. No tengo inconveniente. Sé que ustedes fueron vencidos en su movimiento por causa de un traidor; sé que ustedes lo buscan sin hallarlo, y yo, en posesión de la verdad, vengo para señalar el verdadero traidor y para daros una noticia que es ésta: En mi fábrica queda aceptado el pliego de condiciones que habéis pasado; mis operaciones, en consecuencia, pueden gozar de todas esas garantías. (*Aplausos que se prolongan.*) No creáis que es mucho lo que os concedo, yo gano aún mucho dinero, es la justicia de vuestra causa la que ha obrado en mí... Ahora, ¿queréis conocer al traidor?...

VOCES. Sí, sí, sí...

DON AUGUSTO. Primero: ¿A quién acusáis vosotros?

VOCES. A Vial.

DON AUGUSTO. ¿Por qué?

UNA VOZ. Para qué se hace, señor, usted le dio plata a la hermana. ¿Cree que nos va a hacer lesos?

DON AUGUSTO. Según eso, yo, he comprado a Vial...

VIAL. Don Augusto, no pierda palabras, nada me importan sus opiniones. Julia, retirémonos.

JULIA. Vámonos.

TODOS. ¡Qué se vayan!

VIAL. Y jamás podrán contar conmigo... me han enlodado para siempre... Bien, gocen de su triste triunfo... Valgo más que ustedes... más... (*No puede seguir, va alejándose poco a poco apoyado en su hermana.*) No les diga, Don Augusto, quién es el traidor, ellos, como todos los pueblos, no merecen la redención, ungen Dioses por miedo y coronan a los tiranos y se dejan guiar por los mercaderes. Nada quiero con ellos, yo me redimo en mi dolor, pero ellos, ellos... ¡son IRREDENTOS!

DON AUGUSTO. Pero esto... Yo diré...

VIAL. No. Se lo ruego. (*Ha llegado al foro, último término. Se ha hecho silencio. Las pupilas de DON AUGUSTO, de JULIA y de VIAL, han estado*

*persistentemente clavadas en LEAL, éste no ha podido sostener esas miradas que son otras tantas acusaciones y muy confundido se ha inclinado con terror)*

ALGUNAS VOCES EN LA SALA. ¡ES LEAL!

TELÓN MUY LENTO

Santiago, 1° de mayo de 1918.